

Gewalt- Elucubraciones acerca de un concepto aparentemente ambiguo

KURT RÜDINGER

Universidad de Sevilla

Ante el tema central de esta edición del mAGAzin, *Gewalt*, algún que otro lector hispanohablante sentirá la tentación de comprobar el significado exacto de dicha palabra, sobre todo al averiguar la diversidad de artículos recogidos. Veamos qué traducción nos ofrece por ejemplo el famoso Slaby-Grossmann. Sorpresa, sorpresa, nos propone nada menos que siete posibles interpretaciones, casi sin dejar respiro. Las cuatro primeras, *fuerza, vehemencia, impetuosidad, ímpetu*, las encajamos sin grandes preocupaciones, tratándose de conceptos muy parecidos referidos a la intensidad de algo entre tormenta y ataque de nervios. Conscientes de que cualquier palabra puede tener más o menos envergadura semántica que alguno de sus homólogos en otro idioma, diríamos que nada nuevo bajo el sol. Pero la historia sigue, y vemos ahora, uno tras otro, los conceptos *violencia, autoridad y poder* como posibles traducciones de *Gewalt*. Vamos a centrarnos en lo siguiente en la –al menos en español– bien asentada oposición entre *poder* y *violencia*. ¿Qué pasa aquí? ¿Acaso los alemanes no saben distinguir entre una acción delictiva y una policial? Hay que estudiar este asunto más a fondo. Vamos a comprobar si se trata de uno más de los numerosos pinchazos con los que nos sorprende aquél diccionario tan renombrado como añejo, y veamos qué explicación nos ofrece la Wikipedia al respecto: «Der Begriff Gewalt (eine Bildung des althochdeutschen Verbes *walten*, bzw. *waltan* – stark sein, beherrschen) bezeichnet von seiner etymologischen Wurzel her das 'Verfügen-können über das innerweltliche Sein'. Er bezeichnet ursprünglich al-

so rein das Vermögen zur Durchführung einer Handlung und beinhaltet kein Urteil über deren Rechtmäßigkeit.» ¡Vaya! Parece mentira que precisamente los alemanes, cuya fama de *Volk der Dichter und Denker* se basa en cierta medida en su manía de elevar cada simple referencia lingüística al nivel de término, pequen de imprecisión en lo que hoy en día todo el mundo reconoce como la distinción fundamental entre civilización y barbarie. Y cualquier cáustico conocedor de la historia alemana del siglo XX diría: Qué bien les cuadra.

Sin embargo, si contemplamos el desarrollo de la democracia moderna desde sus inicios hasta la contemporaneidad observamos que está escrita más con sangre que con tinta, y no sólo en concepto de autodefensa legal.

¿No han sido ellos los que en dos guerras mundiales, y alguna intervención local en medio, han establecido nuevos estándares en crímenes de lesa humanidad, que en tal proporción y en tal perfecta simbiosis de energía delictiva y ejercicio de poder jamás se habían visto en este bonito planeta? ¿No han sido ellos los que metamorfosearon de *Dichter und Denker* a *Richter und Henker*? Bueno, es una manera de ver el asunto y hay que admitir que razones no le faltan. La otra, un poco más desenfadada, hará pensar que esa falta de distinción también ha penetrado las obras de Lessing,

Kant y Hegel, poetas y pensadores todos ellos muy anteriores a la barbarie *nazi*, a los que, o al menos a dos y medio de ellos, ni el más atrevido podría aproximar a posturas prefascistas. En la posguerra, los protagonistas de la *Frankfurter Schule* también trabajaron a fondo este concepto ambiguo y no se destacaron precisamente como partidarios de un estado violento. En fin, el hecho es que ni siquiera los grandes pensadores han descubierto una falta de distinción semántica, con lo cual podemos preguntarnos si esta ambigüedad a fin de

cuentas incluso nos abre los horizontes hacia un discurso que vislumbra algunas realidades ocultas detrás de la cómoda diferenciación del mundo en buenos (= poderosos) y malos (= violentos). Veamos:

Hoy en día tenemos claro que el poder ha de basarse en el principio de legitimidad y del control tanto personal como institucional (elecciones, separación de poderes, constitucionalidad, etc. –todos aquellos tópicos de lo que consideramos el non plus ultra del estado moderno, o sea la democracia). Sin embargo,

si contemplamos el desarrollo de la democracia moderna desde sus inicios hasta la contemporaneidad observamos que está escrita más con sangre que con tinta, y no sólo en conceptos de autodefensa legal. Recordemos que el mito inicial, la famosa *Boston Tea Party* fue en su esencia una insurrección violenta, a la que le siguieron hitos como *Doctrina de Monroe*, *Feroz hima*, *Agente Naranja sobre Vietnam*, *Guantánamo*, etc.,¹ Nos da la sensación de que violencia y poder bien bajo un mismo lema del tipo «hago lo que quiero, porque puedo», vulgo en



Si confrontamos titulares hipotéticos, como *La policía intervino con autoridad* y *Die Polizei schritt gewaltsam ein*, ¿no tenemos que admitir que la versión española suena un tanto eufemística? Al menos lo diría cualquier manifestante que por más pacífica que haya sido su causa, en alguna ocasión tuvo que respirar productos lacrimógenos o sentir el impacto de balas de goma dura en su cuerpo.

Desafortunadamente, pero así es la dialéctica, el otro lado puede hacer lo mismo, definiendo la actuación de una cadena de manifestantes delante de un cuartel como *gewalttätige Verkehrsbehinderung*, mientras que los manifestantes no-violentos tienen que escuchar de parte de los grupúsculos más radicales que el principio de *Gewaltlosigkeit* es sinónimo de renuncia a sus reivindicaciones, porque deja todos los comodines, tanto poder como violencia, en mano de sus adversarios.

Conclusión: El concepto *Gewalt* abre la posibilidad de debates críticos de diferente índole precisamente por la copresencialidad de sus componentes semánticos. Es cierto que algunos conceptos derivados están restringidos para determinados usos. El concepto del *Gewalttäter*, por ejemplo, está reservado y limitado para el ámbito de la delincuencia, pero llama tú a algún político de tu disgusto *Staatsgewalttäter* y cualquiera en Alemania te entenderá. Probier's mal aus!

1. Para evitar malentendidos: No queremos plasmar un anti-americanismo vulgar, sólo es que las citadas manchas negras de la historia de la democracia moderna las conoce prácticamente todo el mundo. Ejemplos habría en cualquiera de dichas sociedades en una abundancia que llenaría un libro.

alemana: *Gewalt*.
Vemos cómo de esta manera, en sorprendente dialéctica, un concepto presuntamente ambiguo se nos presenta como sumamente crítico. Vamos a buscar pruebas para semejante interpretación atrevida: Confrontamos los conceptos *separación de poderes* y *Gewaltenteilung* y vemos que por la mera copresencia semántica de *violencia* en el concepto de *Gewalt* determinadas actuaciones de los distintos poderes se hacen directamente acreedores de merecidas críticas: leyes restrictivas, excesos ejecutivos, condenas desmesuradas, etc. Si encima ampliamos el panorama a la concepción moderna de los medios de comunicación como *cuarto poder* versus *Vierte Gewalt*, basta con estudiar el ejemplo del alucinante currículum vitae de Silvio Berlusconi, que siendo dueño de un imperio mediático, logra la usurpación de los demás poderes. Encima eran los únicos constitucionales, porque en el fondo la libre expresión es un derecho y no constituye ningún poder propiamente dicho. ¿Acaso no suena un poco violento aunque «sólo» sea un paso por distintos poderes?